

EL GUARNICIONERO

Mohamed Laarbi sonrió al verme, y su boca desdentada semejó uno de los innumerables agujeros por donde desfilaba el ejército de ratas.

-Ah, paisa. Qué bien que tú visitas a mí.

Estaba sentado junto al quicio de la guarnicionería, extrayendo del sol los calores que necesitaba su escualidez y atareado con sus cueros y cinchas. Se levantó, obsequioso, dejando sus trastos en la silla de tablón sudado. Medía algo más de metro y medio y su cuerpo era de una magrez casi imposible.

-Necesito que repares esta correa.

Su taller no era tal sino un pequeño espacio situado a un extremo de una nave amplia donde se exhibían y despachaban ropas y objetos relacionados con el ajuar militar. El lugar testimoniaba el tiempo que caducaba, aunque lucía limpio como el resto del gran cuartel.

Las Fuerzas Regulares Indígenas de Tetuán fueron creadas en Melilla en 1911, al estilo de los Cuerpos formados por otras potencias coloniales. La tropa era mora y la oficialidad sólo española. Cuando se crearon otros Grupos de Fuerzas Regulares, el nº 1 pasó de Melilla a la capital del Protectorado y ocupó el enorme cuartel de Cazadores de Tetuán, construido en 1914 sobre el monte Dersa. Ese era el cuartel adonde una madrugada silenciosa nos llevaron camiones fantasmales desde el campamento de reclutas de Dar Riffien, tantos meses atrás.

Miré las paredes desconchadas, que contrastaban con el techo de recio maderamen. España había empezado a abandonar el Protectorado hacía meses. El Ejército español ya no estaba en las plazas de significación, el peso de los tiempos barriendo la sangre desperdiciada de tanta juventud. Siete de los diez Grupos de Regulares se habían disuelto o integrado en Ceuta nº 3, Melilla nº 2 y Tetuán nº 1, siendo este último el único de Regulares en el Protectorado junto a las otras fuerzas del ejército español.

Marruecos nunca tuvo un ejército nacional, como tampoco tuvo fronteras definidas dentro de la inmensidad del Magreb. Cuando en 1956 se firmaron los acuerdos de devolución de la soberanía a la rama aluita encabezada por Mohamed V, a la sazón exiliado por Francia en la isla de Madagascar, Marruecos tuvo sus primeras fronteras delimitadas. Fue entonces cuando se crearon las Fuerzas Armadas Reales, de uniforme verde oliva. Unos 15.000 soldados

indígenas del ejército francés y otros 10.000 del ejército español pasaron a engrosar las filas de las FAR, a las que se unieron los miles que formaban el ELM, Ejército de Liberación de Marruecos, que tantos daños y desgracias causaron a las Fuerzas ocupantes, especialmente a las francesas. Para organizar ese ejército, cientos de oficiales y suboficiales franceses estuvieron al frente varios meses hasta que las academias de St Cyr, Toledo y Casablanca formaron los suficientes mandos marroquíes.

Los Grupos de Regulares llevaban años nutriéndose de soldados españoles de reemplazo. Por eso hacía tiempo que la palabra "Indígenas" había desaparecido de su denominación. Pero a partir del 56 no quedó ningún moro, salvo unos acemileros y algún que otro suboficial, todos de edades subidas. Y entre ellos, el talabartero de la historia.

Mohamed Laarbi era un residuo más que un anacronismo, el resto del Imperio perdido. Yo llevaba 18 meses en el cuartel y no recuerdo cuándo le conocí. Mi comportamiento debió parecerle diferente. Me buscaba y hablábamos. Había estado en la guerra civil de España, con Franco.

-Pero yo nunca disparar fusila. Sólo acemilero.

Podría ser una disculpa. Qué importaba a esas alturas lo que hubiera hecho. Casi analfabeto, su cartilla de soldado decía que nació en 1912. Estaba por tanto en la edad de cualquier padre de los movilizados de mi quinta, pero parecía el hombre más viejo del mundo. Tenía una sola mujer y cuatro hijas jóvenes. Un día me pidió que me casara con la menor. Lo tomé a broma. Para mi sorpresa, él siguió insistiendo con toda la paciencia heredada de su raza.

-Tú no arrepentir. Será fiel esposa. Y ser bella como Flor del Desierto.

-¿Qué flor es esa?

-La más bella. Grande, rosa. Yo tener en mi casa. Tú verla si venir.

En el cuartel había cientos de chicos amables y sobrados de apostura. Candidatos donde escoger un marido. Pero él me prefirió.

-Tú ser bueno conmigo. Tú ser diferente.

No era una explicación plausible para comprar un yerno. Lo había comentado con mi compañero de furrielía, Domingo Vives Antich.

-A saber si tus facciones le recuerdan a alguien soñado –contestó-. Es inútil que te lo plantees. En la vida se dan circunstancias donde la lógica no interviene.

-Es un verdadero incordio.

-Si te lo hubieras espantado en su momento... Pero le has ido dando cuerda. ¿Por qué le enseñaste la foto de tu novia?

-Una estupidez. Me dijo que no había mujer más bella que su hija y quise sacarle de su error. Por eso le mostré la foto.

-¿Qué dijo al verla?

-Qué iba a decir. Que su hija era más guapa.

-Natural

-No sé cómo quitármelo de encima. No puedo hacerlo con brusquedad. Es un buen hombre, sencillo, respetuoso. Mantendré la paciencia.

-¿Cómo es la chica?

-No me enseñó fotos de ella. Impedimentos de su religión, al parecer. Dice que tiene 13 años.

Yo no debía aportar ningún dinero ni bienes a la boda. Todo correría por parte de la novia, según costumbre. La dote que ponía para acompañar el casamiento me pareció desmesurada, habida cuenta de la forma humilde en que vivía. Se componía de una casa amueblada; todo el ajuar y los utensilios de un hogar; un burro con todos sus pertrechos y un huerto. Y 40.000 pesetas que había ido ahorrando año tras año. Las otras tres hijas estaban casadas con marroquíes. Pero para su ojo derecho, Amina, quería un español. Y en eso tampoco valía buscar explicaciones.

Esa mañana de setiembre el calor llenaba el aire de ondas que desdibujaban las cosas alejadas. Como la visión de un oasis en la lejanía del desierto.

-Sabes que abandonaremos el cuartel dentro de poco –dije, achicando los ojos. Los suyos eran dos rayas sobre mil rayas.

-Sí, paisa. Por eso querer que tú ver mi Amina. Sólo verla.

Cuando en la tarde volví a recoger el cinto reparado, insistió sólo en que viera a su hija. Había cambiado el discurso o la estrategia. No mencionó el matrimonio.

-¿Por qué ese empeño? No me voy a casar con tu hija. Tengo novia en España. Me casaré con ella. Te lo dije.

-Novia dejar a ti. Siempre pasar a todos soldados. Mi hija buena esposa. Nunca dejar y trabajar siempre para ti. Tú sólo chapar y hacer hijos.

-No es un mal futuro –dijo Domingo más tarde, sonriendo-. Quizá no sea tan malo quedarse aquí. Muchos lo hacen.

-¿Tú te quedarías? Si es así te propondré a Laarbi.

-Ni se te ocurra. Aquí no se me perdió nada.

Lo que mi amigo decía era cierto. Dada la situación de renovación, como era la creación no sólo de un ejército marroquí, sino, en realidad, de un nuevo país, muchos eran los huecos a cubrir. El Gobierno de Mohamed V estaba ofreciendo puestos de interés a militares de las dos naciones protectoras. Se emplearon en la propaganda ofreciendo el oro y el moro. Nunca mejor dicho. No fueron pocos los españoles que se sintieron seducidos por esa oportunidad. Quedaron en Marruecos, integrándose en la estructura militar, administrativa y civil naciente: médicos y practicantes; oficiales, suboficiales y cabos; chóferes, mecánicos, contables y una representación de oficios y profesiones.

Una semana después, en la tarde, vino a la oficina el soldado que hacía la guardia en la compañía.

-Hay un moro que pregunta por ti.

En la puerta de la nave estaba el guarnicionero. Le hice pasar al despacho. Domingo le contempló, la ironía bailando en sus ojos.

-Traer para ti este regalo –dijo, poniendo ruego en su humildad-. Hacer Amina para ti. Pastel de dátiles.

-Gracias, Laarbi –dije, sabiendo que no podía rechazarlo. Sería una gran ofensa. Lo abrí. Tenía la buena pinta que se suponía. –Dale recuerdos a tu hija.

-Ella pedir tú ir a verla. Por favor, paisa.

Le acompañé hasta la salida, impidiendo que alguno le gastara la extendida broma al moro pacífico consistente en gritar “¡jalufo, jalufo!” al tiempo de palparle el cogote.

-¿Por qué no vas a verla? –sugirió Domingo, al hablar de ello-. Es la mejor manera de quitarte este rollo. La ves y hasta luego.

-¿Me acompañarías? –ofrecí, después de pensarlo.

-¿Por qué no? Siento curiosidad.

A la tarde siguiente, pedimos permiso para ir de paisano y caminamos en busca de lo desconocido. A la derecha del cuartel, saliendo, el terreno escalaba las alturas y estaba salpicado de chabolas, blancas como la leche. Nos cruzamos con hombres y mujeres, la mayoría con las vestimentas habituales: chilabas y caftanes. Algunos vestían a la europea. Las mujeres se mostraban hacendosas. Cargaban bultos, cuencos en sus cabezas; cuidaban niños, lavaban en grandes barreños. Los hombres consumían té y kifi sentados en grupos, ausente en ellos la iniciativa al movimiento. Domingo me guiñó un ojo.

-Ya ves -susurró-. Si te quedas, se te acabó el currar.

La chabola de Mohamed estaba más allá del cuartel Jordana, donde todavía quedaban algunas acémilas y acemileros nativos. Entramos. Desde el exterior no daba idea de lo grande que era. Tenía dos espacios. Nos quedamos en el primero. Las paredes cubiertas de tapices en su mayoría; el suelo con alfombras tupidas, cojines y “pubs”. Nos sorprendió que el enorme calor de afuera no atosigara. Sabían apañarse. Nos presentó a su esposa, a sus hijas casadas y a los yernos mientras un montón de críos nos miraban embobados. La mujer de Laarbi llevaba túnica y se cubría el cabello. Las chicas no y, como los hombres, iban en pantalón vaquero y camisa; todos altamente simpáticos y con deseos de agradar. Una juventud aparentemente occidentalizada.

Y luego estaba Amina.

No era la Flor del Desierto, ni mucho menos, pero sus ojos secuestraban el resto del rostro. Eran increíblemente verdes. Me acordé de Miguel de Molina y de su famosa copla. Nunca había visto ojos tan grandes y un contraste semejante: cabello azabache enmarcando ojos esmeraldinos. Se sonrió al darle la mano y me dio la sensación de que ello representaba para ella una declaración de matrimonio. Era bajita y conservaba mucha niñez todavía, aunque se afanaba en darse mayoría de edad. Como sus hermanas, vestía pantalón vaquero y camisa blanca. Era imposible imaginar una esposa en su cuerpo infantil.

Obsequié a la mujer de Laarbi con una caja de bombones, comprada en una pastelería de la calle de La Luneta, y ella correspondió con una copiosa merienda a base de dulces, agua y té. Fue una experiencia digna de conservar porque aprecié que esa forma de vida podía ser grata entre gente tan agradable y amistosa. Pero estaba a mucha distancia de mi mundo.

En la parte trasera tenían un huerto que les proporcionaba patatas, tomates y otros vegetales. Vi unos arbustos de gran altura instalados a pleno sol y henchidos de flores rosáceas: la Flor del Desierto. Al final, y antes de oscurecer, nos llevaron a la casa que Amina compartiría con el marido elegido. Era igual que la de Laarbi, pero nueva, todo a estrenar. Un aroma dulzón flotaba y varios pájaros piaban en sus jaulas. Tuve la sensación de que de un momento a otro asomaría la mismísima Scherezade.

Nos despidieron llenos de emoción y agrado, todos de pie, saludando con la mano mientras bajábamos las empinadas cuestas.

Un mes después llegó la orden de abandonar el cuartel. Mucho antes de rayar el alba, filas de camiones fueron ocupando la explanada. Había que vaciar todas las compañías y almacenes, de acuerdo a un listado. Habría varias expediciones dada la cantidad de enseres y hombres a transportar. En todo el cuartel, el jolgorio y la alegría de los soldados contrastaba con la seriedad de los oficiales. Para ellos era muy doloroso. No sólo perdían un lugar de privilegio, con sueldos muy altos en relación con los de España, sino que sufrían la emoción y el desengaño de quienes se vieron engañados por la historia. Creyeron tener esa tierra para siempre aun sabiendo que no era española.

La primera expedición partió hacia Ceuta, donde quedarían los soldados y las cosas. Iríamos en la tercera. En la compañía todos se afanaban ordenadamente en deshacer las camas, empaquetarlas y agruparlas. Entre el jaleo vi avanzar la humilde figura de Laarbi.

-Tú quedar, ¿verdad, paisa?

-No, Laarbi. Tengo que volver.

-¿Amina no bella para ti?

-Amina es muy bella. Pero es una niña. Debes dejarla crecer.

-No ser niña. Tener edad para casar.

-No, Laarbi. Hazme caso. Déjala vivir con sus años.

Salió, engurruñado, como purgando una penitencia. No encontré el consuelo de los ojos de Domingo. Él estaba en España, de permiso, y allí le llegó la licencia. Tampoco estaba mi otro compañero, José Manuel Ruíz Tarragona. A la sazón cumplía en otro destino.

La noche previa intentamos dormir en el suelo, en las mantas. Pocos lo consiguieron porque no cesaron las risas, ni las exclamaciones ni los cánticos. Incluso algún que otro llanto. Desde mucho antes del amanecer llegó el ruido de los camiones, que regresaban vacíos. Aún los sargentos tenían empeño para gritar órdenes. La compañía fue vaciada de todo su contenido, ya empaquetado con mantas y cuerdas, de forma ordenada. Los camiones se llenaron y las cargas se cubrieron con lonas. Luego, los soldados escaparon de la odiada compañía a la explanada como si tuvieran miedo de quedar en tierra. Todos esperando la ansiada orden de marchar.

De pronto me di cuenta de que estaba solo. Yo y el silencio. Desde la puerta miré la nave-compañía, totalmente vacía. ¿Qué me retenía? ¿Qué me impelía a esa postrera inspección? No lo entendí entonces. No me acudía la prisa. Tenía un camión asignado y tardaríamos en partir. Entré y pasé al despacho de oficiales, a la oficina donde tantos meses gasté, al almacén. Sólo quedaban los agujeros de los ratones. Luego crucé la nave hasta el otro extremo. Nunca imaginé lo grande que era. Mis botas sacaban ecos del suelo y rebotaban en las paredes. Entré en el cuarto de suboficiales de guardia y luego bajé a las letrinas y lavaderos. A pesar de los desconchones de las paredes y los techos, todo estaba limpio, casi reluciente, en estado de revista, como a estrenar. Ni un papel en las paredes, ni una colilla en los suelos, ni una pintura en los cristales. Era algo increíble. Un día antes 225 hombres, camas, maletas, muebles y ropas atestaban el mismo lugar. Y durante muchos años estuvo lleno de quintas; soldados que llegaban y soldados que partían. Y ahora esa estremecedora soledad y ese tremendo silencio. Miles de hombres en la edad creativa dejaron allí parte de sus afanes y cumplieron una misión en la historia africana de España. ¿Dónde estarían ahora, cuáles habrían sido sus destinos en la vida? Me pareció estar viajando en el tiempo.

Me llegué a una de las ventanas que se asomaban a la alcazaba y a la ciudad europea, allá abajo. Recordé la primera mirada desde el mismo sitio, tantos meses atrás, cuando el alma gemía por la separación impuesta. Nunca volvería a mirar la ciudad desde ese lugar ni el macizo del Gorgues ocupando el frente lejano. Ningún soldado español volvería a hacerlo. Recordé a Baltasar Gracián.

Fui a la salida. Me detuve en la puerta y me volví para llorar la última mirada. Era el último soldado de la 10ª Compañía del Grupo de Regulares nº 1 de la última quinta en Marruecos. No sabía que era un momento importante y quizá no lo fue. Era como entrar en la Historia por la puerta de atrás. O quizá ni eso. Pero sucedió.

Bajé a la explanada. Docenas de camiones cargados y miles de hombres arrimados alrededor. Llegó la orden. Todos a embarcar, con correaes, cartucheras y fusiles. Junto a cada conductor, un cabo o cabo primero, fusil en las manos. Arriba, sentados en cada camión sobre la lona que cubría los bártulos, dos soldados armados. Me correspondió el camión 24 y un chofer que no conocía. Era de los de Larache y llevaba poco tiempo en Tetuán. La mitad de los camiones sólo transportaban soldados. El convoy se puso en marcha y circuló muy lentamente, casi al paso. Al otro lado del portón de entrada, en el borde de la cuesta que bajaba a la ciudad, cientos de musulmanes nos despedían agitando manos y pañuelos. Y allí estaba Laarbi, con Amina y sus hermanas. Me localizaron y se pegaron al camión, acompañándolo en su lento rodar y en sus paradas, mientras me lanzaban miradas compungidas. En la plaza de Primo de Rivera, donde está la iglesia de Nuestra Señora de la Victoria, el gentío paralizó momentáneamente la circulación. Y así todo el camino. Muchos lloraban. Y no sólo porque desaparecía para ellos una fuente de ingresos.

Tiempo más tarde, el convoy alcanzó el borde de la ciudad y los camiones aceleraron. Todo fue quedando atrás. Miré por el retrovisor. Mohamed Laarbi y su prole estaban parados y agitaban las manos. Estuve mirándolos hasta que las curvas los secuestraron de mi vista pero no de mi memoria.

Joaquín M. Barrero